

desea y solicita la salud de este amable joven. Yo, en calidad de apoderado de V. S. para este efecto, no dejaré de maniobrar hasta conseguir su restauracion. Quisiera estar de parte de noche á su lado... Si él fuera tan desidioso como *Delio*, con ménos motivo y sin tan superior precepto, observaria una perfecta dieta literaria; pero *Batilo* es muy incontinente en punto á libros, y el demasiado estudio que hizo el año pasado para el grado de bachiller, ha sido, en mi juicio, la única causa de su enfermedad. Tuvo una funcion muy lucida, que yo presencié con mucha complacencia; pero ahora está penando el exceso. En fin, gracias á Dios, va mejorando.

Apénas recibió *Jovellanos* (en Sevilla) esta carta de *fray Diego Gonzalez*, la envió á *fray Miguel de Miras*, con este billete de su mano:

Mireo mio: Vea Vm. esa carta de nuestro *Delio*, y consuélase por las buenas noticias que trae de *Batilo*, cuya salud tanto nos interesa. Gracias á Dios, el mal no es tanto como temíamos, y con algun cuidado podrá repararse la quebrantada salud de un joven en cuya conservacion tambien se interesa la causa pública...

No quise escribir á Vm. ayer, por si venía algo de Salamanca. Ya va todo, y con ello, el corazon de su tierno amigo.—*Jovino*.

Más adelante volvió á inspirar algun cuidado la salud de *Melendez*, y nunca se desmintió el interes solícito y casi paternal de *fray Diego Gonzalez* y de *Jovellanos*. De ello puede formarse idea por este párrafo de otra carta del maestro *Gonzalez* á su amigo:

Batilo anda al presente algo malillo y desmejorado. Creo que son resultas de haber trasnochado en los últimos dias del Carnaval, en que este corregidor permitió baile de máscaras en la casa de la Marquesa de Almarza, y al buen *Batilo* se le ofreció el vestir de abate italiano, y concurrir á sazonar la funcion con varias gracias que decia á cuantos le preguntaban algo. No sirva esto de acusacion. Ello es que *Batilo* trasnochó y se agitó más de lo que permite su delicada complexion.

Si lo consintiera el carácter del presente estudio, tal vez sería ésta ocasion favorable para hacer resaltar, como verdad ideológica, el íntimo enlace que hay siempre entre el carácter del hombre y las cualidades literarias del poeta. No podemos, sin embargo, dejar de señalar, de pasada, las coincidencias que tan patentes se presentan, en las obras de *Melendez*, entre sus prendas morales y sus prendas poéticas.

Si bien apacible en su trato como en sus sentimientos, recto magistrado, hombre de familia puro y sencillo, carecía de la consistencia de temple y de convicciones que constituye los caracteres que no se contentan caminando en pos de ideas ajenas, sino imponiendo las propias con iniciativa, con arranque y con perseverancia. Sin fortaleza en los reveses, ni seguridad en los propósitos, dió el triste ejemplo de fluctuaciones graves de conducta política, siempre con intencion purísima, y siempre arrastrado, con grande amargura de su parte, por el torrente de los azares privados y de las desventuras públicas.

La inconsistencia del carácter de *Melendez* se refleja en sus obras poéticas. ¿Quién diría que el mismo hombre que siguió al partido frances y escribió versos laudatorios á los franceses (1), fuese autor de los dos romances impresos en Valencia con el título de *Alarma española*, que empiezan:

Al arma, al arma, españoles;
Que nuestro buen rey Fernando,
Victima de una perfidia,
En Francia suspira esclavo....;

y más adelante, á la entrada del Rey en Madrid, abolido en 1814 el gobierno representativo, de una cantata, entónces célebre, que empieza:

(1) En la *Gaceta de Madrid*, correspondiente al dia 3 de Mayo de 1810, plana última, columnas 1.^a y 2.^a, se halla una composicion del *consejero de Estado*, don *Juan Melendez Valdés*, en alabanza de José Napoleon, con motivo de un acto caritativo de éste. La composicion vale poco, pero en ella ex-

presa *Melendez* con vehemencia su adhesion al marca intruso. Así dice una estrofa:

Más os amé, y más juro
Amaros cada dia;
Que en tornará comun el alma mía
Se estrecha á vos con el amor más puro,

Cayó el loco bando.
Ya fausto en Madrid
Gobierna Fernando.
¡Que viva decid!.....?

Estas composiciones, más que á la historia literaria, pertenecen á la historia del hombre y á la de los vaivenes políticos de su tiempo. *Melendez* era honradísimo, y lo que es más, amaba con vehemencia á su patria; pero era débil, y esto lo explica todo. *Quintana*, que profesó siempre afecto y veneracion á *Melendez*, intenta disculpar sus errores:

Tal vez, dice, faltaba á su carácter algo de aquella fuerza y entereza que sabe resolverse constantemente á un partido elegido por la razon.... Seria mejor que los que reciben del cielo el dón divino de pintar la naturaleza en bellos versos, y de inflamar con su entusiasmo la imaginacion ajena, pudieran estar enteramente separados del torbellino de negocios, honores y empleos que agitan á los hombres en la grande escena del mundo. El poeta no debiera ser más que poeta.... La suerte preparaba á *Melendez* el cáliz de la afliccion, que tiene siempre prevenido á los hombres eminentes, como para cobrarles con usura los pocos dias que les concede de glorias y alegrías.

En estas frases elocuentes se refleja la viva simpatía que despertó *Melendez* en el ánimo de sus contemporáneos. No ha de ser la posteridad más severa que el severo *Quintana*. Y ¿quién no olvida los yerros del hombre ante la gloria del poeta?

En sus afectos particulares no demostraba mayor firmeza y energía, y al exceso de su blandura y condescendencia han atribuido muchos de sus amigos y admiradores las contradicciones de opinion y de proceder, que le suscitaron persecuciones y acerbos sinsabores. La influencia exorbitante de su esposa, ejercida en cosas en que el hombre debe sólo tomar consejo de la dignidad y de la razon, contribuyó á acarrear á *Melendez* gravísimos conflictos. No es nuestro ánimo acriminar á este escritor excelente y honrado, sino dar á conocer al hombre para explicar mejor al poeta. El ascendiente femenino debia hacer estragos por varios modos en aquella alma dulce y poética. Su más viva inspiracion fué el amor. Á *Cipáris* dedicó sus primeras ilusiones poéticas. Por las cartas de *fray Diego Gonzalez* sabemos que *Cipáris* no fué una creacion ideal, sino una señorita de Salamanca, perteneciente á una familia distinguida.

Cuando adoleció *Melendez* de una enfermedad de pecho, en 1776, la familia á que aquí se alude demostró el más afectuoso interes al simpático poeta, y le convidó al campo para ayudar por este medio á su restablecimiento. Así lo indica *fray Diego Gonzalez* en una carta, en que da noticia á *Jovellanos* de la salud de *Melendez*:

Batilo (dice) ha llegado esta tarde (19 de Octubre de 1776), de vuelta de una aldea, adonde le llevaron *Cipáris* y su padre para que se divirtiese en la vendimia de las viñas que tienen allí estos señores.

Tambien habla de ella *fray Diego*, y con especial elogio de sus prendas morales, en otra carta (de 10 de Febrero de 1778).

Los amigos de *Melendez*, incluso *Jovellanos*, tenían noticia de la tierna aficcion del poeta. El mismo *Jovellanos* lo manifiesta claramente en la anacreónica á *Batilo* que empieza:

Mientras *Batilo* canta
Con alto y dulce acento
Los años de *Cipáris*; etc.

Más adelante *Filís* eclipsó á *Cipáris*; pero amigos de *Melendez* afirmaban que *Filís* se manifestó desdeñosa á pesar del culto de que fué objeto, y no quiso unir su vida á la del ilustre poeta. Era éste más impresionable que apasionado y perseverante, y cansado de los desvíos de *Filís*, acabó por casarse con una virtuosa señorita, que, semejante á la *Gemma* del Dante, mortificó al poeta con su carácter voluntarioso y dominante. El ilustre *Quintana*, que ha escrito la vida de *Melendez Valdés* con claridad, con generoso espíritu y hasta con elocuencia, se hallaba demasiado ligado á su maestro por los miramientos de la amistad y de

la gratitud, para hablar sin rebozo de la flaqueza de su carácter y de las circunstancias íntimas que la agravaban, con mengua de su prosperidad y de su sosiego. *Quintana* ha consignado algunas indicaciones acerca de este punto, expresando los efectos y guardando circumspecta reserva acerca de las causas. Pero la pluma independiente y veraz de *don José Somoza*, el cual penetró en la intimidad de *Melendez*, ha levantado completamente el velo echado por *Quintana* sobre la influencia, inocente, aunque perniciosa, de la desabrida matrona; tributando al mismo tiempo cumplida justicia á su virtud sin tacha, á la pureza de sus intenciones, y á la adhesión acrisolada y tenaz que demostró sin tregua al esposo tierno y sumiso, á quien simultáneamente mortificaba y adoraba (1).

Quintana, en su *Introducción á la poesía del siglo XVIII*, juzgó á *Melendez* con crítica ménos indulgente que en la *Noticia histórica y literaria* de este poeta. Tacha su estilo, en algunas ocasiones, de vago, difuso y declamatorio, y le niega con rigor absoluto toda aptitud para la poesía filosófica.

Nunca (dice) debió arrojarse á tratar asuntos que no estaban ni en su cuerda ni en su carácter, y la caída de *Luzbel*, el sistema del universo, la inmensidad de la naturaleza, y otros argumentos de igual clase, prueban, con la infelicidad de su desempeño, que si el objeto y el conjunto de las ideas cabían en los principios y en el saber del autor, no se avenían de modo alguno con los medios poéticos que poseía.

Quintana exagera algun tanto su justa censura. *Melendez* no sabe sostener ni aprovechar el arranque de sus propias ideas; pero á veces levanta el vuelo á grande altura, como lo hace en las odas *Al Fanatismo*, *A la Gloria*, *A las Artes*, y en otras varias. Esa misma oda *A la*

(1) Había yo tomado miedo y aversión al matrimonio, porque tenía presente el de mi maestro *Melendez*, enlazado con una mujer de las que el público no puede juzgar malas, y son, á pesar de esto, intolerables. Y vaya otra digresión sobre esta hembra singular, que dominó á aquel célebre escritor, y causó sus errores y desgracias.

Dofia María Andrea de Coca fué de la noble familia de los Maldonados de Salamanca. Tuvo hermosura, y áun gracia hubiera también tenido si hubiera estado dotada de mejor carácter. Las mujeres de mal genio necesitan belleza duplicada para no parecer monstruos.

El día en que *Melendez* pidió consejo sobre esta boda al festivo *Iglesias*, al enérgico *Cienfuegos* y á otros amigos suyos, no hubo uno de ellos que la aprobase, y cada cual hizo de la futura una descripción en diverso estilo, y á cual ménos favorable; pero *Melendez* les tapó la boca confesándoles que estaba ya casado de secreto. En efecto, era un enlace bien extravagante el del dulce *Melendez* con aquel energúmeno. Demonio encarnado la llamaba su padre, don José de Coca.

¡Y créanme mis jóvenes lectores! de lo que constituye la virtud en su sexo, nada había que tachar; pero ¡qué virtud, Dios mío! altiva, intratable, hostil, como la de algunas damas de *Calderon* ó *Moreto*, á cuya lectura ella era muy aficionada. Es probable que jamás se atrevió ningún mortal á decirle un requiebro; mas, si lo hubiera osado alguno, no se hubiera librado de una bofetada. Su talento é instrucción los pervertía un juicio estafalario, y eran tan extremadas sus pasiones, que trasformaban en

vicios varias de sus buenas prendas. Por economía, ruin; por pundonor, ambiciosa; y por amor conyugal, intolerante y verdugo implacable del pobre hombre, y celosa de cuantos le estimaban, sin distinción de sexo. En vano discurrían los amigos trazas de hablar con *Melendez* sin ser perturbados por este demonio incubo. En vano era elegir horas, en vano subir de puntillas la escalera de su estudio. Decía que su *Monsiurito* era sólo para ella; que sus versos amorosos, para ella los había escrito, y que ella era la mujer del primer hombre de España, el cual debía ser primer ministro. Y lo gracioso del caso era que el buen *Monsiurito* no la desmentía á fe, ni de palabra ni en obras. Pero esta mujer, que fué la única causa de las debilidades de *Melendez*, tenía cierta elevación de alma que le hacia honor. Siempre que en la última época se le hacían reflexiones contrarias á sus planes de ambición, decía que en un apuro sabría poner una tienda de aceite y vinagre para que su marido en el cuarto de arriba viviese y escribiese para su ingrata patria. Todo el mundo sabe que despues de vinda sólo pensó en la gloria de su esposo. Que logró á duras penas que el Gobierno costeara la edición de sus obras. Y yo la he visto morir sobre un jergon, en casa de su lacayo, año de 1822, pensando todavía ahorrar para hacer venir á España el cuerpo de su marido, con ánimo, por supuesto, de sepultarse con él, y que fuere el epitafio:

MELENDEZ Y SU MUJER. »

(Una mirada en redondo á los sesenta y dos años, por don José Somoza. — Salamanca, 1843.)

inmensidad de la naturaleza, que menciona *Quintana* como ejemplo de imperfección, contiene no pocas bellezas, y, lo que es más notable todavía, algunos de los rasgos líricos de alta ley que han granjeado á *Quintana* tan merecida gloria, y fueron visiblemente inspirados por los versos del imitador de *Anacreonte*.

Sirva de ejemplo el siguiente:

DE MELENDEZ.

El gran Newton, subido
Á la mansion lumbrosa,
Cual genio alado, tras los astros vuela,
Y al mundo absorto la atracción revela.

DE QUINTANA.

Los astros rutilantes; mas, lanzado
Veloz el genio de Newton tras ellos,
Los sigue, los alcanza,
Y á regular se atreve
El grande impulso que sus orbes mueve.

La idea es la misma, pero ¡qué diferencia! *Melendez* la indica; *Quintana* la ilumina con el fuego de su entusiasmo.

La poesía de *Melendez* trae, sin gran motivo, á la imaginación de *Jovellanos* la grandiosa imagen de Homero:

Y tú, ardiente *Batilo*, del meonio
Cantor émulo insigne, arroja á un lado
El caramillo pastoril.....

El mismo *Melendez* reconoce que su inspiración se halla muy distante del lirismo sublime de la poesía griega. Así escribía, el 18 de Mayo de 1776, á *Jovellanos*, cuando éste, arrastrado por su indulgente admiración, creía ver poesía pindárica en los versos del aventajado mozo, que áun no había cumplido veintidos años:

Puedo hacer á V. S. el mismo cargo por los elogios excesivos que verdaderamente desperdicia con mi canción, pues yo no hallo en ella otro mérito que el de la digna elección del objeto. Quise ver á *Píndaro*, por ver si acaso, y sin yo pensarlo, como sucede muchas veces, había seguido en algo sus huellas; pero desengañéme bien presto, y avergoncéme de mi vanidad. Es inimitable este lírico, y sus ideas magnificas están muy léjos de las que nosotros podemos concebir, quizá por la diferente educación.

Los escritores no salen nunca de la esfera moral é intelectual en que viven su imaginación, sus tendencias, su fe, su ambición, sus afectos. Conocidos la índole y el temple de *Melendez*, fácil es tasar la fuerza y el carácter de su fantasía, y comprender que su númen, más risueño y activo que austero y vigoroso, no descende hasta el fondo del corazón, ni remueve las pasiones con entusiasmo verdadero. No canta nunca el himno de admiración profunda que para las sublimidades del cielo y de la tierra guardan en su corazón los grandes poetas. Ni un verso suyo hace estremecer de ternura ó de indignación, porque su musa no tiene vehemencia ni sensibilidad bastante para agitar el alma al eco de la gloria, del infortunio ó del amor. *Melendez* pinta los sentimientos humanos como quien toma escasa parte en ellos. Parece que ve á distancia el espectáculo de la humanidad; y no fué, ni pudo ser, como alguna vez lo soñaron *Quintana* y *Jovellanos*, ni el alumno de *Píndaro* ni el émulo de Homero.

Algunos hombres especialmente consagrados á estudios áridos y graves se dedicaban á la poesía, áun sin estar dotados, como *Melendez*, de verdadera vocación poética. Era esparcimiento de ánimos cultivados, moda literaria del tiempo, manifestación amena del talento, y, como tal, un medio más de sobresalir en el mundo. Entre estos hombres se señalaron muy notablemente *Forner* y *Jovellanos*. Ninguno de los dos era poeta de afectos suaves ni de místicos arrobamientos. Austeros ambos, é inclinados además, por índole y por costumbre, á analizar las cosas con la razón, que á sentir las por instinto, ó á idealizarlas con los sueños de la fantasía, fueron buenos poetas, como pueden serlo los hombres de entendimiento y de sensibilidad que no han nacido poetas. *Forner* y *Jovellanos* resplandecieron principalmente en la sátira, que es la poesía de los que, á fuer de pensadores, se atreven á ejercer la censura pública de las costumbres y las letras extraviadas. *Jovellanos* ha sido ya juzgado de un modo

luminoso y cabal en los varios aspectos que ofrece su múltiple y vigoroso talento (1). Sólo nos toca recordar aquí su no escaso mérito como poeta, haciendo notar al propio tiempo que su índole peculiar le llevaba á ser, á la manera de los Argensolas, aunque inferior á ellos, no un poeta de inspiración rica, fogosa y espontánea, sino un poeta elevado, reflexivo y severo, que no dice las cosas porque brotan, en impetuoso é involuntario arranque, del corazón ó de la fantasía, sino porque las crean y las modelan un noble instinto y una razón segura. Pero *Jovellanos* tenía sensibilidad delicada, como lo demuestra su drama *El Delincuente honrado*, y fe acrisolada y profunda; y las raras veces que su musa toma estos simpáticos caminos, sube muy alto, y llega á los espacios de la verdadera poesía. ¿Quién no siente su alma conmovirse y levantarse al leer sus magníficas epístolas al *Duque de Veragua*, desde *El Poular*, y á *Cean Bermudez*, sobre los vanos deseos y estudios de los hombres? En ambas composiciones se muestra *Jovellanos* á un tiempo filósofo y poeta. La primera es un bellissimo contraste entre los hechizos de la naturaleza en la soledad y las angustias incurables del alma; la segunda, una de las lecciones más elocuentes y robustas que ha dado jamás el sentimiento religioso al orgullo de la razón humana. ¿Quién no admira estos versos, que son un anatema del panteísmo y como el resumen de las trascendentales reflexiones de la epístola?

Otro, del cielo descuidado, lee
En el humilde polvo y le analiza.
Su microscopio empuña; ármale y cae
Sobre un átomo vil. ¡Cuán necio triunfa,
Si allí le ofrece el mágico instrumento
Leve señal de movimiento y vida!
Su forma indaga, y demandando al vidrio
Lo que antevió su ilusa fantasía,
Cede al engaño, y da á la vil materia
La omnipotencia que al gran Sér rehusa.
Así delira ingrato; mientras otro
Pretende escudriñar la íntima esencia
De este sublime espíritu que le anima.
¡Oh, cuál le anatomiza!.....

Medita, observa, estudia; y sólo alcanza
Que cuanto más aprende, más ignora.
Materia, forma, espíritu, movimiento,
Y estos instantes que incesantes huyen,
Y del espacio el piélago sin fondo,
Sin cielo y sin orillas, nada alcanza,
Nada comprende. Ni su origen halla,
Ni su término, y todo lo ve, absorto,
De eternidad en el abismo hundirse.
Tal vez saliendo del más deslumbrado,

Como versificador no es un modelo *Jovellanos*. Abusa de las licencias poéticas; lucha sin tregua con los acentos, con las cesuras, con las sinalefas, y no siempre sale vencedor. En cambio es un hablador de primer orden; no siempre puro, castizo y fácil, á la manera de los escritores del último tercio del siglo XVI y del primero del XVII, pero claro, firme y abundante.

Como crítico no rayó *Jovellanos* á grande altura. Sus facultades en esta parte no eran tan poderosas, que pudiera sobreponerse á las doctrinas triunfantes en aquella época. Era el apogeo de las *Poéticas*, y sólo un instinto estético como el de *Lessing* habria podido sacu-

(1) Por el señor don Cándido Nocedal. Tomos XLVI y L de la presente BIBLIOTECA.

Se arroja á alzar el temerario vuelo
Hasta el trono de Dios, y presuntuoso,
Con débil luz escudriñar pretende
Lo que es inescrutable. Sondeando
De la divina Esencia el golfo inmenso,
Surca ciego por él. ¿Qué hará sin rumbo?
Dudas sin cuento en su ignorancia busca,
Y las propone y las disputa, y piensa
Que la ignorancia, que excitarlas supo,
Resolverlas sabrá. ¿Viste, oh Bermudo,
Intento más audaz? ¡Qué! ¿sin más lumbre
Que su razón, un átomo podría
Lo incomprensible comprender, linderos
En lo inmenso encontrar, y en lo infinito
Principio, medio ó fin? ¡Oh Sér eterno!
¿Has dado parte al hombre en tus consejos,
Ó en el santuario, á su razón cerrado,
Le admities ya? ¿Tan alta es la tarea
Que á su débil espíritu fiaste?
No, no es ésta, Bermudo. Conocerle
Y adorarle en sus obras; derretirse
En gratitud y amor por tantos bienes
Como, benigno, en tu mansion derrama;
Cantar su gloria y bendecir su nombre:
Hé aquí tu estudio, tu deber, tu empleo,
Y de tu sér y tu razón la dicha.....

dir su yugo. En las reglas se cifraba toda perfección literaria. Ya hemos visto que el magisterio doctrinal que *Jovellanos* ejercía sobre sus amigos de Salamanca propendía á estrechar el campo de la inspiración. La crítica literaria no tenía aprecio, ni indulgencia siquiera, para las letras nacidas del espíritu nacional, como no estuviesen puntualmente ajustadas á las trabas y á los atildamientos convencionales. *Melendez*, que habia nacido poeta y podia volar con alas propias, buscando directamente la belleza en la naturaleza misma, se hace un poeta imitador porque sueña con las *Poéticas*, y no conoce otra crítica que los preceptos que ellas encierran (1).

Un amigo y paisano de *Jovellanos*, don *Cárlos Gonzalez de Posada*, le envía un afectado, insulso y mal versificado romance endecasílabo en alabanza de algunos poetas asturianos. *Jovellanos*, inclinado á la indulgencia por la tierna amistad que le profesa, y acaso por espíritu de paisanaje, le contesta colmándole de elogios. ¡Quiere animarlo y dirigirlo en el cultivo de la poesía, y no le habla de la naturaleza, ni le ocurre otro consejo sino recomendarle el particular estudio de nada ménos que diez *Poéticas*! (2).

Obras eminentes de la antigüedad no causaban á hombres insignes la admiración que por sus grandes bellezas merecen, porque la apocada crítica del tiempo les impedía desprenderse de ciertas prevenciones. *Jovellanos* y *fray Diego Gonzalez* no gustaban de *Lucrecio*, y ciertamente que hombres tales no habrían dejado de recrearse con la lectura de tan gran poeta, si las ideas convencionales que los dominaban no hubieran embotado en ellos algun tanto el sentimiento de lo bello (3).

Don Juan Pablo Forner era poeta de índole análoga á la de *Jovellanos*, pero de ménos vigor y de más limitado vuelo. Su fantasía, viva y ardiente, no era poética. El campo de su gloria fué el campo del exámen y de la discusión. Era ante todo un gran polemista, ó como hoy decimos, un gran discutidor. Le falta el *quid divinum*, pero lo suple como puede, con su brioso desembarazo de hablador y de escritor. El profesor de jurisprudencia de Salamanca asoma, embozado con el velo literario, en todas sus obras, así en prosa como en verso. En su célebre *Oración apologética*, en sus *Enequias de la lengua castellana*, en sus impugnaciones y controversias críticas, y hasta en sus sátiras, se trasluce el abogado, no alucinador y palabrero, sino severo, convencido y ardiente hasta pecar de bronco y agresivo. Su comedia *El Filósofo enamorado* carece por completo de color poético. Á su *Sátira contra los vicios introducidos en la poesía*, premiada en 1782 por la Academia Española, le falta también la poesía que cabe en este género, esto es, el donaire satírico, la sal que suaviza el áspero sabor de la censura. Es, sin embargo, una sátira ingeniosa, en que el autor se muestra razonador gallardo y hombre de gusto depurado; una obra de dicción correcta y esmerada, y de versificación llena y robusta, si bien no de aquella que brota espontáneamente y sin esfuerzo del pensamiento mismo.

(1) «Yo habia pensado hacer una comparación de las cuatro poéticas principales, de Aristóteles, Horacio, Vida y Despréaux, metiéndome también con el *Ensayo sobre la crítica* de Pope, y nuestro *Ejemplar poético* de Juan de la Cueva; comparando las reglas de todos con las del filósofo (Aristóteles) y entre sí, y haciendo un exámen crítico de ellas, distinguiendo las fundamentales é invariables de las arbitrarias ó de convención.»—(Carta autógrafa de *Melendez Valdés* á *Jovellanos*, escrita en Salamanca, el 14 de Setiembre de 1778.)

(2) «Hallo en el romance mil gracias, muchos pensamientos sublimes y brillantes, muchos versos correctos y armoniosos, algunas ideas originales..... Seguramente usted podrá hacer grandes cosas en

poesía si se aplicase particularmente á este ramo, estudiándola por principios en *Aristóteles*, *Horacio*, *Scaligero*, *Cascales*, *el Pinciano*, *el Brocense*, *Marmontel*, *Boileau*, *Castelvetro* y otros maestros, entre cuyas obras creo que no desconocerá usted las hermosas *Instituciones poéticas* del padre *Juvenio*, que andan al fin de la *Retórica* del padre *Colonia*, y son la cosa mejor que yo he leído.»—(Obras de *Jovellanos*, tomo I, pág. 167, en la presente BIBLIOTECA.)

(3) «El gusto de V. S. congenia mucho con el mio. Tampoco yo hallo gusto alguno en leer á *Lucrecio*, siendo así que la lectura de los otros poetas latinos me causa especialísimo deleite.»—(Carta de *fray Diego* á *Jovellanos*, escrita en 1777.)